

## El secuestro

Regresaba como los demás días, a aquella hora, de su finca de allá abajo, casi asomada sobre el mar, en el borde del acantilado. Más fatigada y más triste que él, la vieja borriquilla se afanaba, desde hacía ya un rato, por vencer los últimos repechos de aquella interminable carretera, llena de vueltas y revueltas, sobre la cual, desde allí abajo, parecía que se adosasen, compactas, oprimidas, unas contra otras, las decrepitas casucas del vecindario, en el collado.

A aquella hora, los labradores habían ya vuelto todos del campo; la carretera se hallaba desierta. Mas, si por acaso encontrase a alguien, el señor Guarnotta tenía la seguridad de que le saludarían. Porque, a Dios gracias, todos le respetaban.

Desierto, como aquel camino, se hallaba ya a sus ojos todo el mundo: ceniza de crepúsculo, así toda la vida. Las ramas de los árboles desbordándose por los resquebrajados tapias; los altos

setos de polvorientas chumberas y, aquí o allá, los montones de grava le parecían, en su inmovilidad absoluta y en aquel abandono, y en aquel silencio, como dominados por su misma pena infinita. Pena de vivir así...

Encorvado, vestido de negro, como siempre, con su alta estatura caída, los brazos colgantes, seguía la penosa marcha del animal, como si caminara también él: y en realidad, con los pies fuera de los estribos, a poco no le arrastraban por el polvo de la carretera.

¡Cuánto polvo de aquel no se llevaba a casa por las noches! Su mujer no se cansaba de reprenderle. Levantando la prenda en alto y apartando de sí en cuanto él acababa de quitársela, la chaqueta, la iba enseñando a su alrededor a las sillas, al armario, a la cama, a la cómoda, gimiendo:

—¡Dios mío, miren ustedes ésto! ¡Si se puede escribir en ella con el dedo!

¡El traje negro para el campo, a pesar de los tres de dril que adrede la había encargado!

En mangas de camisa, Guarnotta, hubiera mordido de buena gana aquellos tres dedos cortos y gruesos que su mujer, con gesto rabioso, le metía casi por los ojos. Perro pacífico, se contentaba con lanzarles una mirada de reojo, y la dejaba refunfuñar. Quince años antes, a la muerte de su único hijo, había prometido él ir siempre vestido de negro.

—Pero, ¿luto hasta en el campo?—objetaba ella.— Haré que te pongan el luto en la manga de los trajes de dril. ¡Y sólo con la corbata basta, al cabo de quince años!

La dejaba rezongar. ¿No se estaba todo el día en su finca junto al mar? En el pueblo no se dejaba ver por nadie, desde hacía años.— Luego...

—Luego ¿qué?

Luego si no lo llevaba en el campo, ¿dónde hubiera llevado el luto por su hijo? ¡Cerebro! ¡Por vida de Dios, un poco de cerebro antes de abrir la boca y desbarrar!—¿En el corazón? Sí. ¡Muchas gracias! ¿Es que no lo llevaba en el corazón? Pero quería, además, que se viese también por fuera... Que lo viesen los árboles, ¡eso!, y los pájaros; porque, en efecto, ojos en la espalda para vérselo él mismo, no tenía. Pero, ¡por vida de Dios!, ¿por qué refunfuñaba tanto su mujer? ¿Tenía, por ventura, que quitarle ella el polvo por las noches? Para eso estaban las criadas. Tres, para dos personas. ¿Economía? Un traje negro al año: ochenta, noventa liras. ¡Vamos! Hubiera debido comprender que estaba de sobra hablar tanto. ¡Sobre todo, no siendo más que madrastra, ya que el hijo muerto era del primer matrimonio! Sin más parientes, ni siquiera lejanos, a su muerte, toda su fortuna (¡no escasa!) iría a parar a ella y a sus sobrinos. A callar, entonces; aunque no fuese más que por prudencia... Pero, ¡claro!, si hubiese teni-

do inteligencia para comprenderlo dejaría de ser la pécora que era...

Y por eso él se pasaba los días en el campo. Solo, entre los árboles, y con la inmensa extensión del mar ante los ojos. En el murmullo continuo y leve de aquella fronda, en el rumor lento y sombrío de aquel mar, habíase habituado a sentir, como desde una infinita lejanía, la vanidad de las cosas y el tedio angustioso de la vida.

\* \* \*

Hallábase ya a menos de un kilómetro del pueblo, y desde la iglesita de la Dolorosa, allá arriba, le llegaban, blandos y lentos, los repiques del Ave-María, cuando, de improviso, en una brusca curva del camino, antes de que pudiera darse tiempo ni de interrumpir la oración que solía hacer:

—¡Boca abajo!

Y desde la sombra vió saltar hacia él tres apostados, con el rostro encubierto y armados de escopetas.

Uno sujetó la borriquilla por el cabestro; los otros dos, en un abrir y cerrar de ojos, lo descalbalaron, y al suelo; y mientras uno de ellos, con la rodilla sobre sus piernas, le ataba las manos, el otro le anudaba a la nuca un pañuelo, doblado en forma de venda, sobre los ojos. Apenas pudo pronunciar:

—¡Hijos míos! ¿Qué queréis de mí?

Le levantaron, empujándolo, estrujándolo, arrastrándolo a toda prisa por los brazos, fuera de la carretera, por la cuesta pedregosa, hacia abajo, hacia el valle.

—Hijos...

—¡Calla, o mueres!

Más que los empujones y tirones de que era víctima, le horrorizaba la apresurada ansiedad con que aquellos tres hombres perpetraban tal violencia. ¡Quién sabe qué fiereza de propósito no revelaba aquella ansiedad!

Probablemente no querrían matarlo enseguida. De haber sido por una orden o por una venganza, le hubiesen matado allí, en la carretera, desde la sombra en que se hallaban apostados. Por lo tanto, le capturaban para el rescate.

—Hijos...

Estrujándole aún más fuertemente los brazos y sacudiéndole, le intimaron a que callara.

—¡Al menos, aflojadme un poco la venda! Me aprieta demasiado los ojos... No puedo soporlarla...

—¡Camina!

Primero hacia abajo, luego hacia arriba, y adelante, y atrás; luego, nuevamente hacia abajo, y después arriba, arriba, arriba... ¿Dónde le llevaban? En el interno desbarajuste de sus ideas y de sus sentimientos, entre el rebullir de imágenes siniestras y la ansiedad de aquella ciega carrera,

a saltos, a empujones, entre piedras y malezas, las luces, las primeras luces del pueblo, iluminado con petróleo, allí arriba, en lo alto del collado tal y como las había entrevisto antes de que le asaltasen, y como muchas veces, al volver de la finca, siempre a aquella hora, las viera, ahora, a pesar de la presión de aquella venda que le aplastaba los ojos, se le aparecían—¡qué extraño!—claras, determinadas, como si las tuviese delante, con los ojos libres... Iba, así, arrastrado, empujado, tropezando, lleno de terror, y se llevaba consigo aquellas lucecitas plácidas y tristes ante él, con el collado, con todo el monte, con todo el pueblo situado allá arriba, donde todos ignoraban la violencia de que era objeto en aquel momento, y atendían tranquilos y despreocupados a sus habituales quehaceres.

A poco, advirtió también el apresurado patear de su borriquilla. ¡Ah...! Traían consigo también a la vieja borriquilla, cansada, ¡pobre animalito...! Pero, ¿qué sabía ella? Advertía tal vez un ímpetu insólito, una insólita violencia; pero iba donde la llevaban, sin comprender nada... Si se hubiesen detenido un momento, si le hubiesen dejado hablar, les hubiese dicho, con calma, que se hallaba dispuesto a dar todo cuanto quisieran. ¿Qué le importaba un dinero sin alegrías, si dándolo resolvía aquel terrible apuro, sobre todo, cuando eran ya pocos los años que había de vivir?

—Hijos...

—¡Calla y anda!  
 —Pero ¡si no puedo más! ¿Por qué me hacéis esto? Estoy dispuesto...  
 —¡Calla! Hablaremos después... ¡Caminal!

Lo hicieron andar así, una eternidad. De pronto, fué tal el cansancio, tal el aturdimiento que le producía aquel pañuelo, ciñéndole la cabeza, que se sintió desvanecer y ya no comprendió nada...

\* \* \*

Volvió en sí a la mañana siguiente, en una cueva baja, entre un vaho de humedad que parecía emanar de la misma palidez de la primera luz del día, que se insinuaba apenas, lívida, entre las sinuosidades gredosas. Y sentía, en el aturdimiento mortal, la pesadilla de todas las violencias que le hicieron, como si las hubiera soñado: violencias ciegas, de brutos, a su cuerpo que no podía sostenerse, llevado en hombros ora del uno, ora del otro, tirado al suelo, y arrastrado, o levantado, por los pies o las manos. ¿Dónde estaba ahora? Tendió el oído. Creyó notar en la parte de fuera un silencio de altura, inmenso y como suspenso.

Yacía en el suelo como un animal, con los pies y las manos atados. No podía moverse, pero notaba que los miembros le pesaban, como si se le hubiesen tornado de plomo y una pesadez,

también, en la cabeza... ¿Estaría herido? ¿Le habrían dejado allí por muerto?

No. ¡Estaban allí! Se confabulaban fuera de la cueva. Su suerte, pues, no se había decidido aún. Mas el recuerdo de cuanto le acaeciera no se le representaba ya como un infortunio contra el que pudiera rebelarse. No. Sabía que no podía y casi no quería. Era para él, su infortunio, algo ocurrido hacía mucho, casi en una vida anterior, cuando quizás su cuerpo vigoroso hubiese anhelado la salvación.

¡Qué le importaba ahora todo! Su vida, mísera por cierto, hábale quedado allá, en el sitio del secuestro. Ahora, en torno de él no había sino un vago silencio, que parecía una invitación al olvido.

Aun cuando le hubiesen dejado libre, no hubiese tenido fuerzas, ni quizás el deseo de volver allá, a recoger su vida. Mas no, no era cierto: una gran ternura, una gran lástima de sí mismo le resurgió de improviso y se apoderó de él un estremecimiento de horror, cuando vió entrar a uno, a gatas, en la gruta, con el rostro cubierto bajo un rojo pañuelo, agujereado a la altura de los ojos. Le miró enseguida las manos.

Un lápiz nuevo, de esos de a perra chica, sin despuntar aún. Sí, precisamente era un lápiz... Y en la otra mano, llevaba un grosero pliego de cartas, todo manoseado, con el sobre encajado. Ahora con alterada voz, le intimaba a escribir.

Al ver que le daban el lápiz, sin querer, sonrió, aliviado. Dijo:

—¡Ah...! si me soltaras...

Entraron también a gatas y vendados los otros dos. Uno se le acercó; le soltó solamente las manos. El tercero le dijo:

—¡Cuidado! ¿eh?

Le pareció reconocer aquella voz. ¡Sí, sí, Manuza! Aquel Manuza llamado así porque tenía un brazo más corto que otro. ¿Qué hacer? ¡Ah! ¿Sería realmente él? Le miró el brazo manco. ¡El, era! Y, seguramente hubiera reconocido a los otros dos en el acto si se hubiesen quitado la venda. Conocía a todos los labradores del contorno. Entonces, dijo:

—¿Cuidado, yo? ¡Cuidado vosotros, hijitos! ¿A quién queréis que escriba? ¿Con qué voy a escribir? ¿Con esto?

Y mostró el lápiz que le habían dado.

—Sí, con eso: ¿no es un lápiz acaso?

—Sí, un lápiz; pero vosotros no sabéis siquiera manejarlo.

—¿Cómo que no?

—No. Antes hay que sacarle punta.

—¿Sacarle punta?

—Sí; con una navajita... ¡Si me dieseis una navajita...!

—¡Cá! ¡Nada de navajitas...!

Y Manuza repitió:

—Mucho cuidado con lo que se hace...

—Sí, sí; ¡mucho cuidado, querido Manuza...!

—¡Ah! —exclamó éste— ¿Me ha reconocido usted?

—Pero, hombre; ¿te tapas la cara y te dejas el brazo al aire...? Quitate ese pañuelo y mírame a los ojos. ¿Tú? ¿Eres tú el que me juega esta partida?

—Menos palabras—gritó Manuza arrancándose con ira el pañuelo—. ¡Le he dicho a usted, cuidado! ¡Escriba usted, o le mato!

—Pero, ¡si estoy dispuesto a todo!—prosiguió Guarnotta—. En cuanto me hayais afilado el lápiz... Aunque, si me dejarais hablar... ¿Queréis dinero, verdad? ¿Cuánto?

—¡Tres mil onzas!

—¿Tres mil? No pedís poco...

—¡Usted las tiene! ¡Déjese de historias!

—¿Tres mil onzas?

—¡Más, más!

—Más aún, sí. Pero no en casa, en efectivo. Tendría que vender casas, tierras... ¿Y creéis que eso se pueda hacer así, de un día para otro, y sin estar yo allí?

—¡Pues, que las pidan prestadas!

—¿Quién?

—¿Quién? ¡Su mujer y sus sobrinos!

Guarnotta sonrió amargamente y trató de incorporarse sobre un codo.

—De eso quería hablaros, precisamente, —les contestó—. Os habéis equivocado. ¿Contais con

mi mujer y sus sobrinos? Si queréis matarme es otra cosa: aquí estoy; matadme y no se hable más. Pero si queréis dinero, no podréis alcanzarlo más que por mí y a condición de que me dejéis ir a casa.

—¿Qué dice usted? ¿A su casa? ¿Usted? ¡Ni que estuviésemos locos...! ¡Está usted de broma!

—¡Vosotros decidiréis...!—suspiró Guarnotta.

Manuza arrancó violentamente de manos de su compañero el papel y repitió:

—Menos palabras, he dicho: ¡escriba usted! El lápiz... ¡Ah, sí! Hay que sacarle punta... ¿Cómo se afila?

Guarnotta, entonces, lo explicó; y los tres, luego de haber cambiado entre ellos una mirada, salieron de la cueva. Al verlos salir a gatas, como tres animales, Guarnotta no pudo por menos que sonreír. Pensó que tal vez ahora se pondrían los tres a afilar el lápiz y que, en fuerza de cortar, como se poda la rama de un árbol, no consiguieran nada.

¡Es claro! Y se sonreía mientras que tal vez su vida dependiese de aquella ridícula dificultad que los tres hallaban en una operación absolutamente nueva para ellos: quizás, irritados, al ver desaparecer entre sus manos el lápiz, trozo a trozo, hubiesen vuelto para demostrarle que si sus cuchillos no servían para afilar un lápiz, servirían para degollarle. Y había hecho mal, había cometido una falta imperdonable, al confesar que había

reconocido a Manuza... —En efecto: ahora se peleaban fuera, resoplaban, blasfemaban...

¡Claro! Se pasaban del uno al otro aquel pobre lápiz de a perra chica, cada vez más corto. Quién sabe los cuchillos que tendrían en las manos... en aquellas manazas, rudas y terrosas...

¡Ya están ahí! Volvieron a entrar uno a uno, derrotados.

—¡Eso no es más que palo inútil...!—dijo Manuza—. ¡Un asco! Usted que sabe escribir ¿no lleva por casualidad, uno afilado en el bolsillo?

—No lo llevo, muchachos, —respondió Guarnotta—. Pero es inútil, os lo aseguro. Hubiera escrito, si me hubieseis obligado a escribir, pero ¿a quién? ¿A mi mujer, a sus sobrinos? Esos sobrinos son suyos y no míos, ¿comprendéis? Nadie hubiese contestado, estad seguros: hubiesen fingido no haber recibido la carta conminatoria. Si pretendéis sacarles dinero, no os echéis antes sobre mí; por el contrario, id a verlos y poneos de acuerdo: «tanto—pongamos mil onzas—por mi muerte». Puede que no os las diesen tampoco; porque, es verdad, anhelan mi muerte; pero como soy viejo, la esperan gratis, de Dios, sin remordimientos, dentro de algunos días... ¿Pretendéis, en serio, que os den un céntimo, un solo céntimo por mi vida? Os habéis equivocado. Mi vida a nadie puede importar ya, más que a mí. ¡Y no me importa, os lo juro! ¡Claro es que morir así, de mala muerte, no me gusta y sólo por no morir de esta mane-

ra, os prometo y os juro por el alma de mi santo hijo, que en cuanto pueda, dentro de dos días, de tres, iré yo mismo a llevaros el dinero al sitio que me indiquéis!

—¿Después de habernos denunciado?

—¡Os juro que no! ¡Os juro que no chistaré, que no hablaré con nadie! ¡Se trata de mi vida...!

—¡Lo promete usted ahora, pero en cuanto esté usted libre...! Antes de ir a su casa, irfa a denunciarnos.

—¡Os juro que no! Deberíais confiar... Recordad que voy todos los días al campo... mi vida está allí... entre vosotros... y he sido siempre un padre para todos... Siempre me habéis respetado, Dios mío, y ahora... ¿creéis que voy a exponerme al peligro de una venganza? Confíad en mí, dejadme volver a casa y tendréis el dinero...

No respondieron. Volvieron de nuevo a mirarse y salieron otra vez, a gatas, de la cueva.

\* \* \*

Durante todo el día no volvió a verlos. Los oyó durante un buen rato, discutir fuera de la cueva; después ya no oyó nada. Aguardó, dando vueltas con la imaginación a todas las suposiciones sobre lo que hubiesen podido decidir. Estaba seguro de haber caído en manos de tres novatos, en el momento quizás de su primer delito. Habíanse echado sobre él como ciegos, sin considerar sus

condiciones de familia, pensando sólo en su dinero. Convencidos, ahora, de su equivocación, no sabían ya, o no veían, la manera de librarse de él. Ninguno de ellos confiaría en el juramento que les hiciera de no denunciarlos y menos aún, Manuza, que se había visto reconocido. ¿Qué hacer?

Su única esperanza consistía en que en ninguno de los tres surgiese la estúpida idea de un atentado inútilmente ejecutado, borrando después los rastros para poder dedicarse, de nuevo, a su honrada vida de antes. O que, por el contrario, resueltos los tres a vivir fuera de la ley y a continuar cometiendo delitos, no sintiesen preocupación por el primer delito cometido y lo soltasen sin importarles las consecuencias, lanzados ya a la vida airada. Para él, pues, lo mejor era que se decidiesen a ser bandidos, porque para reanudar su vida honrada no tenían más remedio que matarlo, por temor a la denuncia, borrando todo rastro que pudiese señalarlos como asesinos.

La consecuencia era, que Dios debería inspirarle palabras con que iluminarlos, de tal suerte que reconocieran que ningún provecho lograrían con querer ser honrados. Cosa no muy difícil al parecer, en vista de que habían demostrado su intención de echarse al camino, al capturarlo. Mas era mucho de temer aquel desengaño que habían sufrido en el primer momento, tocando con sus propias manos la gran equivocación cometida al

comenzar la nueva vida. Y un desengaño, suele no tardar en trocarse en arrepentimiento y en deseo de retirarse de un camino que tan mal empieza. Para volverse atrás, limpiando las huellas de sus primeros pasos, la lógica, —sí—, la lógica podía llevarles a cometer un delito; pero para borrarlo, la misma lógica ¿no les conduciría por el mismo camino en busca de otros delitos? Luego mucho mejor era un crimen ahora, que podía permanecer oculto y sin rastro, que muchos después al descubierto y en peligro. A costa de este crimen podían tener aún la esperanza de salvarse, si no frente a su conciencia, frente a los hombres, porque al querer salvarse se hubieran perdido irremisiblemente, contando con que la denuncia era inevitable.

Conclusión de estas atormentadas reflexiones: la certeza de que hoy o mañana, tal vez aquella misma noche, durante el sueño, le asesinarían.

Aguardó, aguardó, hasta que la cueva quedó a oscuras. Entonces, ante el temor de que aquel silencio negro, vacío, y el cansancio mortal del cuerpo, en un momento dado, pudieran sobre él más que el miedo de ceder al sueño, sintió de la cabeza a los pies un estremecimiento de todo su instinto que le empujaba, aun estando así, con las piernas atadas todavía, a salir de la cueva a fuerza de codos, arrastrándose por el suelo; y tuvo mucho que luchar para persuadir a su instinto aterrado de que debería hacer el menor ruido po-

sible; porque después de todo, ¿qué conseguía con asomar la cabeza, como un lagarto, fuera de su agujero? ¡Nada! Cuando más ver el cielo y ver allí fuera, al aire, con sus ojos, la muerte, sin que le fuese infligida, a traición, durante el sueño.

¡Ah! ¡Silencio! ¿Era la luz de la luna? Luna nueva, sí, y muchas estrellas... ¡Qué noche! ¿Dónde estaba? En una montaña... ¡Qué aire y qué silencio! Quizás fuese aquel el monte Caltafaraci, o el de San Benedetto...

¿Qué era aquéllo? El llano de Consólida, o el llano de Clerici... Sí, y aquella montaña, hacia poniente, debía ser la de Carapezza... Luego, aquellas lucecillas de allí, temblorosas, como un rocío de luciérnagas en la claridad opalina de la luna... ¿serían las del pueblo? ¿Entonces... ¡ay, Dios! entonces estaba muy cerca? Y le parecía que le hubiesen hecho andar tanto... tanto... ¿Y con quién estaba?... ¿Estaba sólo? ¿Sería posible?

Alargó la mirada. Negro, inmóvil, acurrucado, como un inmenso buho en un risco del monte, uno de los tres, que había quedado allí de guardia, se destacaba firmemente en la clara diafanidad del albor lunar. ¿Dormía?

Trató de incorporarse algo más, pero de repente quedóse sin alientos al oír la voz de aquel, que, sin descomponerse, le decía:

—¡Le estoy viendo! ¡Vuelva a esconderse o disparo!

No rechistó, como si quisiera despertar en el

otro la sospecha de haberse engañado y permaneció inmóvil, mirando. Pero aquel repitió:

—Lo estoy viendo.

—Déjame respirar un poco de aire—le dijo—. Aquí me ahogo. ¿Me váis a dejar así? Tengo sed.

El hombre movió, amenazador, la cabeza:

—¡Oh! Si quiere usted quedarse ahí, es a condición de callar. También yo tengo sed y estoy en ayunas como usted. Silencio, o le obligo a esconderse. Silencio.

Y aquella luna, que revelaba la existencia de tantos llanos y de tantos montes tranquilos... y el alivio de aquel aire... por lo menos... y el lejano suspiro de las lucecitas de su pueblo...

Pero ¿dónde se habrían ido los otros dos? ¿Habrían dejado a éste el encargo de matarlo durante la noche? ¿Por qué no enseguida? ¿Qué aguardaba? ¿Aguardaba, tal vez, durante la noche, la vuelta de los otros dos?

Sintió nuevamente la tentación de hablar, pero se contuvo. Además, si lo habían resuelto así...

Volvió los ojos hacia el risco en que aquél se hallaba sentado: lo vió en la actitud anterior. ¿Quién era? En la voz, poco antes, le había parecido uno de Grotte, pueblo importante entre las minas de azufre. ¿Sería Filicó? ¿Era posible? Buen hombre, de una sola pieza, animal de carga, de pocas palabras... Si realmente era él ¡cuidadito! Tan taciturno y duro, si había decidido apartarse del buen camino, ¡cuidadito...!

No pudo contenerse; y, con una voz casi involuntaria, vacía de toda intención, como si debiese llegar a él sin ser proferida por su boca, dijo, sin preguntar:

—Filicó...

El otro no se movió.

Guarnotta aguardó algún tiempo y repitió, con la misma voz, como si no fuese él, con los ojos fijos en un dedo que iba haciendo señales en la arena:

—Filicó...

Y un estremecimiento le recorrió la espalda esta vez, porque imaginó que aquella obstinación suya en proferir aquel nombre, casi sin querer, debiera costarle, de rechazo, un disparo.

Mas el otro tampoco se movió esta vez, y entonces él exhaló en un suspiro de extremada fatiga toda la congoja de su desesperación, y abandonó en el suelo el peso muerto de la cabeza, como si realmente no tuviese ya fuerzas, ni deseo de sostenerla.

Allí, con el rostro en la arena, que le entraba en la boca como a un animal muerto, sin cuidarse ya de la prohibición de hablar ni de la amenaza de un disparo, comenzó a desatinar sin fin. Habló de la luna, que ya iba a ponerse; habló de las estrellas, que Dios había creado y puesto allí tan lejos, para que los animales ignorasen que eran otros tantos mundos bastante más grandes que la tierra; y habló de la tierra, también, que únicamente los

animales no saben que gira como un trompo; y dijo, como por un personal desahogo, que en aquel momento había hombres que se hallaban cabeza abajo, y que, a pesar de ello, no caían en el cielo, por razones que todo cristiano que no fuese un bruto debería saber.

Y en medio de aquel desvarío se halló, de pronto, hablando de astronomía, como un profesor al hombre que, poco a poco, se le había ido acercando; más aún: había llegado á sentarse junto á él, allí mismo, a la entrada de la cueva, y era precisamente él, sí, Filicó, de Grotte, que desde hacía mucho tiempo quería saber aquellas cosas... aunque no acabaran de convencerle... y no le pareciesen ciertas... ¡El zodiaco... la vía láctea... las nebulosas...!

Eso es. Pero, ¿por qué cuando no se puede ya más... cuando se han agotado en la desesperación las propias fuerzas—¡cabe imaginar nada más grotesco!—, puede ponerse uno como si tal cosa, aun bajo la amenaza de un fusil, a limpiarse las uñas cuidadosamente con una astillita, tratando de que no se doble ni se tronche, o palpase en la boca los dientes que le quedan: tres incisivos y un canino, y a pensar seriamente en si son tres o son cuatro los hijos del tonelero que vive junto a su casa, y al que se le murió la mujer quince días ha?

—Hablemos en serio: dime. ¿Es que, ¡por la Virgen!, crees que soy una brizna de hierba que

se arranca como si tal cosa? ¡Tócame, hombre: de carne soy, por la Virgen Santísima, y alma tengo y me la dió Dios, como a tí! ¿Es que queréis degollarme mientras duermo? No... ¡No te marches! Oye... ¿Te vas? ¡Ah, mientras te hablaba de las estrellas me oías! Oye lo que te digo: mátame aquí, cara a cara: ahora... No me asesines a traición. ¿Qué dices? ¿Por qué no quieres responder...? ¿Qué esperas, puede saberse? Ni obtendréis dinero; ni podréis tenerme aquí. ¿Por qué, pues, no me dejais marchar? ¿Queréis matarme? ¡Mátame de una vez, en nombre de Cristo, y no hablemos más!

¿A quién se dirigió? El otro había vuelto a colocarse en el risco como un buho, para demostrarle que de todo era inútil: no quería hablar.

Pero, después de todo, ¡qué bruto era también él! ¿No sería mejor que le matasen durante el sueño, si al cabo habían de matarle? Hasta cuando más tarde entrasen en la cueva para matarle valdría la pena fingir que dormía cerrando los ojos. Pero, ¡qué fingir ni qué tontería!, si en la obscuridad podía tener los ojos abiertos... Nada. Bastaba con no moverse cuando fuesen a tientas a buscarle la garganta como a un cordero...

Dijo:

—Buenas noches.

Y se retiró.

\* \* \*

Pero no fué así.

Reconocida la equivocación, resueltos a apartarse del mal camino, ni lo libertaron ni lo mataron. Lo tuvieron allí, en aquella cueva firmemente, convencidos de que, al obrar así, no hacían bien, desde luego; pero tampoco hacían mal, por lo menos un mal mayor que el que por equivocación habían cometido.

¿Qué hacer, pues? Nada. Encomendaban a Dios la solución; pronto o tarde, según hubiera querido Dios hacerles más corta o más larga la penitencia de aquel pecado.

Pero, a fin de cuentas, ¿qué era lo que pretendían? ¿Que se muriese allí de muerte natural? ¿Creían que ésta era la solución de Dios?

Eso, sí.

—Pero, ¡qué Dios ni Dios, grandísimos brutos! Dios no me matará nunca. ¡Me mataréis vosotros teniéndome aquí muerto de hambre, de sed, de frío, atado como un animal, en esta cueva, durmiendo en el suelo, sucio, haciendo aquí mismo mis necesidades, peor que un burro en su cuadra! ¿A quién dirigía estas palabras? Los tres se habían confiado a Dios, y él como si hablase a las piedras.

Entretanto, no era cierto que muriese de hambre ni que durmiese en el suelo. Le habían subido allí arriba tres haces de paja para hacerle un camastro, y un capote también para que se resguardase del frío. Además, pan con alguna cosilla,

todos los días. Ellos se lo quitaban de la boca, y se lo quitaban también a sus hijos y a sus mujeres para dárselo a él. Y pan bien ganado, ¡ay!, con el sudor de la frente, porque cada uno de ellos, turnándose, permanecía allí de guardia en la cueva, mientras los otros iban a trabajar. Y en aquella vasijita de barro había agua para beber, que sólo Dios sabía el trabajo que costaba encontrarla en aquellas tierras sedientas. Y, además, en cuanto a hacer sus necesidades allí en el suelo, podía salir de la cueva por la noche, para hacerlas al aire libre.

—Pero, ¿cómo? ¿Delante de ti?

—Yo no miro.

Frente a aquella testarudez, estúpida e inquebrantable, se hubiese puesto a patalear como un chiquillo. Pero, ¿es que eran de roca? ¿De qué eran?

—¿Reconocéis vuestra equivocación, sí o no?

La reconocían.

—¿Reconocéis que debéis purgar esa equivocación?

Sí; no rematándole, aguardando su muerte de Dios, y tratando de aliviarle, en cuanto podían, el martirio que le daban.

—¡Muy bien! ¡Mas eso es por vosotros, pedazos de animales, por el mal que vosotros mismos confesais haber hecho! Pero, ¿y yo? ¿Qué tengo yo que ver? ¿Qué mal he hecho yo? ¿Soy, o no soy, la víctima de vuestra equivocación? ¿Y me hacéis